

Servilismo y liberalismo



Muy oportuno y acertado Alvaro de Albornoz al recordar — en su excelente artículo «Liberales y serviles», del último número del excelente semanario de Madrid «El Retablo» — que cuando al alborar el siglo XIX nació, y en España, el calificativo de liberal, fué por oposición al de «servil». A los contrarios de los liberales no se les llamó conservadores, ni retrógrados, ni reaccionarios, sino serviles.

«Lo contrario de liberal — escribe Albornoz — no es conservador, sino servil. Ser liberal es, ante todo, ser libre. Y por muy «demócrata», por muy «izquierdista», por muy «avanzado» que uno se intitule, no se puede ser liberal de veras cuando se vive en servidumbre.» Así Albornoz, y nosotros hemos de añadir que el servil puede serlo de la Corona, y será un servil cortesano, o puede serlo de la incivilidad de lo que se llama «determinados elementos» — y que acaso se reducen a la Camarilla de Ginesillo de Parapilla y consortes, —y entonces es un servil genízaro, o puede ser..., etc. Servil es el que se doblega y soyuga a una dictadura cualquiera, de persona individual o colectiva, de individuo o de colectividad. Y, toda dictadura es despotismo. Esto cuando no es tiranía.

Los conservadores españoles, así llamados por excelencia; los conservadores del orden actual y vigente — o yacente, — que puede ser un efectivo desorden, esos conservadores han venido llamándose además liberales. Y ya desde los tiempos de Cánovas del Castillo, que de la llamada Unión Liberal salió, como luego Maura se destacó del partido llamado liberal y liberal se ha llamado siempre. Y eso hasta en los tiempos en que el amenisimo don Félix Sardá y Salvany trompeteaba lo de que el liberalismo es pecado y declaraba que el buen católico no debe admitir el nombre de liberal — ¡ni el nombre! — en ningún sentido. Pero los citados políticos, conservadores y todo, no tenían miedo del nombre de liberal. Ni de la cosa.

Ni a Cánovas ni a Maura, en efecto, aun rudiéndoseles culpar de muchos y graves pecados políticos, cabe echarles en cara el de servilismo ante poderes que se alzarán sobre el del Estado civil. Y acaso en éste el más grave pecado contra la civilización y la libertad y la justicia han caído más los que por distinción se han llamado a secas liberales. ¿No fué acaso Moret el que hizo pasar aquel vergonzoso engendro, baldón de la civilidad y la civilización españolas, que es la despótica ley de Jurisdicciones? ¿No fué acaso el pobre Canalejas el que al verse sin partido y jefe de gobierno espoleó los más absurdos ensueños dictatoriales de la Corona? Porque lo típico del llamado por distinción liberalismo ha sido en nuestra España, sobre todo desde el Pacto del

Pardo acá, la cobardía, el servilismo. Ninguno de nuestros flamantes liberales de hoy es capaz de usar el lenguaje que usaban los de 1821, los de hace un siglo.

Desde que todos han aceptado el calificativo de liberales parece que es por haber dejado de serlo. Y es que acaso supea con lo de liberal lo que decía Kierkegaard que sucede con lo de cristiano, y es que donde todos lo son no le es nadie, porque cristiano se es por oposición. Aca-

so el liberal está destinado a la eterna oposición, y haya más de honda sentido en la aparente paradoja aquella de Alcalá Galiano, el de 1820, que nos recordó Mesonero Romanos cuando aquel tribuno decía: «Censurar firme y moderadamente las acciones de los que gobiernan es el deber de todo buen ciudadano.» Frase que a alguien le parecerá hasta de un anarquista y que encierra, sin embargo, una gran verdad política y civil. La verdad de que siempre debe haber contrapeso a la autoridad. Contrapeso para evitarle caer en su principio — el principio de autoridad — y recordarle su finalidad, que es la justicia.

Ya verán ustedes lo que hacen ahora nuestros sedicentes liberales si se llega a discutir ese desatinado proyecto de reforma del Código penal que la sinrazón insocial e incivil Ginesillo de Parapilla y Compañía ha hecho presentar al ministro de la Desgracia y la Injusticia españolas. Ya verán ustedes si esa monstruosidad llega a discutirse y a votarse toda la incivilidad y todo el servilismo de los sucesores de Moret y Canalejas.

Porque nuestros liberales han gobernado de limosna y con vilipendio, y si ahora se unen será para mendigar favor y para someterse a poderes ilegítimos. «No se trata — dice muy bien Albornoz — de saber cuál de los jefes de grupo es más liberal que Riego, sino quién es capaz de sentir más hondamente la dignidad del poder público. Lo que hay de más incompatible con el espíritu liberal, con el alma liberal, es la cortesanía. Y lo que hace falta ante todo es un jefe que no se deje tutear por la realza como un vasallo del antiguo régimen.» Tiene razón, tiene mucha razón en esto Albornoz.

Miguel DE UNAMUNO.

